

INFORMACIONES

MI RECUERDO DE EZEQUIEL DE OLASO * (Buenos Aires, 1932-1996)

Debió ser a comienzos de 1988 cuando conocí personalmente a Ezequiel de Olaso en el Instituto de Filosofía del CSIC. Yo había regresado hacía poco de mi estancia de dos años en Alemania (auspiciada por el DAAD para que me hiciera doctora) y comenzaba a disfrutar de una Beca postdoctoral de Reincorporación. Él venía a alguna de aquellas reuniones en que se gestó la *Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía* y nos presentó Javier Muguerza con su habitual «¿conoces a...?».

Claro que hacía más de diez años que me había encontrado con su producción filosófica. Durante la carrera me había servido bien de sus *Obras Escogidas* de Descartes, que editara en 1967. Y a la hora de iniciar mi tesis doctoral me fueron de gran utilidad sus *Escritos Filosóficos* de Leibniz. Amén de numerosos artículos con los que me había ido haciendo poco a poco en mis afanes de iniciada leibniziana.

Pues bien, por fin me encontraba cara a cara con el ser humano que se escondía detrás de esa producción filosófica. Y aunque ya se me había pasado el «ataque de veneración» sufrido años antes por aquellos y aquellas que aparecían en letra impresa (yo misma había publicado ya algunos artículos y nunca fui dada a los excesos de narcisismo), mi saludo iba presidido por el más profundo respeto a su trabajo.

La segunda cosa que me mostró, tras ese saludo caballeroso y cortés que le caracterizaba, fue su escozor por algún «pero» que yo le había puesto a su magnífica edición de

Leibniz en una reseña publicada hacía más de un lustro. ¡Con qué fina ironía me recordaba los detalles! Se había fijado más en aquella pequeña sombra que yo señalaba que en todo el conjunto que mostraba mi juicio positivo. Era un orfebre minucioso y perfeccionista, y se había molestado porque a mí me pareciera descubrir en su obra un desperfecto.

Por un momento me invadió el rubor de quien ha sido pillado en falta, pero alentada por el valor que su desazón confería a mi opinión defendí con ardor mis puntos de vista, haciéndole ver, esta vez de palabra, que mi crítica no quitaba ni un ápice de bondad a la excelente edición realizada, que tanto me había ayudado en los primeros pasos de mi tesis doctoral dedicada a Leibniz.

El resultado fue que al cabo de un rato estábamos enzarzados en una animada charla sobre lo divino y lo humano. Le gustaba que discutiera sus puntos de vista y él mismo me incitaba a la crítica. Se trataba de una prueba de fuego que el investigador consagrado hacía pasar a la recién estrenada doctora, y me consta que en aquel primer encuentro me gané el título de «interlocutora válida» que habría de prolongarse durante años en sucesivas entrevistas e intercambios epistolares.

No creo equivocarme al afirmar que fue Ezequiel de Olaso quien me contagió su pasión por las ediciones de textos clásicos, a las que terminé dedicando gran parte de mi tiempo durante los últimos años. De su

* Texto leído en el *Homenaje al Profesor Ezequiel de Olaso*, organizado por la Sociedad Española Leibniz en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid el 14 de marzo de 1977.

primera estancia en los Estados Unidos había aprendido de Ferrater Mora que nada como la traducción y el comentario literal obligaba a enfrentarse con los problemas difíciles y a confesar hasta dónde llegaban las luces del exegeta. Desde entonces para él el ejercicio de la filosofía tenía dos cuernos que agarrar, dos hábitos inseparables: estar al día y manejar los clásicos. Una escuela que transmitía a discípulos y colegas.

Me sentí orgullosa de que me invitara a participar al año siguiente en el Congreso en torno al tema «Leibniz y Ortega sobre los principios» que había organizado en Buenos Aires. Con la presencia de Alejandro Casini no era yo la más joven de aquel pequeño grupo de especialistas (entre los que también se encontraban Javier Echeverría, Quintín Racionero y Jaime de Salas, por nombrar a los españoles)¹, pero sí la única en mi género, de manera que algún miembro de la prensa se dirigió a mí en calidad de secretaria o intérprete en el grupo... Éste fue un punto más en nuestra polémica a lo largo de los años, pues yo no dejé de reprocharle que su mal superada educación patriarcal (a pesar de su estancia en los años sesenta en el Bryn Mawr College, Pennsylvania, una de las avanzadillas del feminismo desde finales del siglo pasado) le hubiera impedido encontrar más mujeres especialistas en todo el mundo hispanoparlante, en Norteamérica o en Europa, donde sí había encontrado representantes masculinos. Lo que había escrito en 1980 en un relato biográfico, donde contaba su encuentro con María Eugenia Valentí, seguía siendo la tónica de su relación con las «mujeres filósofas»: «¡Una mujer experta en Leibniz! Yo no cabía en mí de *curiosidad*» —había dicho—², y yo le mostraba por activa y por pasiva mi enfado por esa tendencia a percibir lo insólito en lugar de oponerse a ello. Respecto a esto, según me consta por algunas colegas argentinas, fue cambiando en los últimos años, y me hace ilusión pensar que mi tenaz labor de estalactita tuviera algo que ver en la superación de sus prejuicios.

Fue también aquel viaje a Buenos Aires lo que me permitió conocer a la familia Olaso en pleno. Nunca olvidaré su calurosa acogida,

que iba mucho más allá de los meros buenos oficios de la anfitrionía. Comimos, bebimos y... reímos, y Martha, Miguel, Juan y Manuel dejaron de habitar el limbo de los nombres para ocupar un lugar en mi corazón.

A pesar de nuestra fluida relación, Ezequiel no abandonó nunca del todo conmigo ese aire profesoral que parecía favorecer la distancia generacional. Sin embargo, nuestra amistad se fue estrechando de forma peripatética en aquellos interminables paseos por El Retiro de Madrid o por los Herrenhäuser Garten de Hannover, en aquellas excursiones por El Escorial, Segovia o Ávila, que ponían normalmente el broche a algún encuentro profesional. Mucho aprendí de él sobre Leibniz y escepticismo, y mucho conversamos sobre los problemas que a ambos nos (pre)ocupaban en la filosofía contemporánea. Pero de esta manera itinerante, nuestras discusiones filosóficas terminaban siendo fagocitadas siempre por otros intereses, entre los que quizá destacaran la música y la literatura. Tenía un talento musical nato, que han heredado al menos dos de sus hijos; le gustaba cantar y cantaba bien su repertorio de zarzuelas, por no mentar esos tangos con los que transmitía su sensibilidad porteña. Pero de literatura podía hablar horas interminables; no le gustaba acordarse de su librito sobre Unamuno que obtuviera un premio internacional de ensayo, otorgado por un jurado en el que se encontraban Borges y Bioy Casares; pero creo que lo que más le molestaba de aquel recuerdo era el peligro que le parecía entrañaba el éxito prematuro³: ésa era una de las bondades que me animaba a encontrar en mi largo calvario de inestabilidad profesional. Borges, a quien le unió amistad personal, fue sin duda punto obligado de nuestras conversaciones, pero alguien que le hacía vibrar y de quien podía pasarse horas hablando era Marguerite Yourcenar.

Muchas veces me quejé en voz alta ante él de la feria de vanidades que se había instalado en la Academia, olvidando lo fundamental. Y con su talante político, que le impregnaba hasta la médula, fue vapuleando con mano firme mi ingenuidad. Desde su experiencia argentina veía las instituciones,

académicas no sólo como imprescindibles sino también como salvadoras. Con su esfuerzo de tantos años había querido combatir la destructiva politización de la Universidad argentina con la instauración de otra política institucional que no podía dejar de recordarme al Leibniz fundador de Academias. Se sentía orgulloso de haber contribuido a crear el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF) y la *Revista Latinoamericana de Filosofía* (en 1965 y 1975 respectivamente), empresas ambas que habían tenido mucho que ver en la intensificación de las relaciones filosóficas entre los países latinoamericanos (a esto cooperó también su labor en la Universidad de Campinas, Brasil) y en su apertura a las relaciones internacionales con el resto de América y Europa, tarea en la que también le sirvió de trampolín su actividad en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de San Andrés, así como en la Fundación Ortega y Gasset argentina o en el Centro Cultural Borges. Sé que le pesaba que el voluntarismo de sus proyectos le hubiera hecho ser injusto con más de un colega alguna vez, pero era el precio que sabía que tenía que pagar por la eficiencia. La tolerancia y el talante polémico que le carac-

terizaban encontraban su jaula de acero en este camino que había encontrado para luchar contra la contingencia y escepticismo académicos en aras de la filosofía perenne.

Y así ha quedado instalado en nuestra memoria, ese paraíso laico en el que también los ateos confesos pueden conseguir la inmortalidad. Mientras yo sigo situada en la contingencia en que me sume su última carta, donde me comunica que el encuentro sobre escepticismo que iba a tener lugar en marzo del 96 en Madrid había sido postergado, con lo que nos veríamos en diciembre del 96 o enero del 97, y se interesa, como siempre, por mi futuro profesional. Su muerte (27 de mayo de 1996) me sorprendió cuando estaba preparando mis oposiciones a colaborador científico, y la pena sirvió para encorajinarme y dedicarle mi esfuerzo, como a él le hubiera gustado. Pero aún no he sabido encontrar a qué mundo posible enviarle mi mensaje: «todo salió bien». Por eso son todos ustedes los destinatarios de esta carta que se me quedó en el tintero.

Concha Roldán

Madrid, 14 de marzo de 1997

NOTAS

¹ De este Congreso ha quedado una buena muestra en la *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XVIII, núm. 1 (otoño, 1992).

² Cfr. Ezequiel de Olaso, «Autopresentación», conferencia pronunciada dentro del ciclo «La Argen-

tina actual, por sí misma», el 29 de setiembre de 1977, publicada por Mario Presas, Universidad de Tucumán, 1980, p. 9.

³ Cfr. *ibid.*, p. 8.

EN LA MUERTE DE CARLOS E. ALCHOURRÓN

Una personalidad sobresaliente de la filosofía en lengua española, Carlos E. Alchourrón, falleció en Buenos Aires el día 13 de enero de 1996. Tras unos estudios de música que

le llevaron a especializarse en armonía y composición y a revelar desde muy pronto su talento innato para la geometría formal de las cosas, había iniciado en los años cincuenta

académicas no sólo como imprescindibles sino también como salvadoras. Con su esfuerzo de tantos años había querido combatir la destructiva politización de la Universidad argentina con la instauración de otra política institucional que no podía dejar de recordarme al Leibniz fundador de Academias. Se sentía orgulloso de haber contribuido a crear el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF) y la *Revista Latinoamericana de Filosofía* (en 1965 y 1975 respectivamente), empresas ambas que habían tenido mucho que ver en la intensificación de las relaciones filosóficas entre los países latinoamericanos (a esto cooperó también su labor en la Universidad de Campinas, Brasil) y en su apertura a las relaciones internacionales con el resto de América y Europa, tarea en la que también le sirvió de trampolín su actividad en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de San Andrés, así como en la Fundación Ortega y Gasset argentina o en el Centro Cultural Borges. Sé que le pesaba que el voluntarismo de sus proyectos le hubiera hecho ser injusto con más de un colega alguna vez, pero era el precio que sabía que tenía que pagar por la eficiencia. La tolerancia y el talante polémico que le carac-

terizaban encontraban su jaula de acero en este camino que había encontrado para luchar contra la contingencia y escepticismo académicos en aras de la filosofía perenne.

Y así ha quedado instalado en nuestra memoria, ese paraíso laico en el que también los ateos confesos pueden conseguir la inmortalidad. Mientras yo sigo situada en la contingencia en que me sume su última carta, donde me comunica que el encuentro sobre escepticismo que iba a tener lugar en marzo del 96 en Madrid había sido postergado, con lo que nos veríamos en diciembre del 96 o enero del 97, y se interesa, como siempre, por mi futuro profesional. Su muerte (27 de mayo de 1996) me sorprendió cuando estaba preparando mis oposiciones a colaborador científico, y la pena sirvió para encorajinarme y dedicarle mi esfuerzo, como a él le hubiera gustado. Pero aún no he sabido encontrar a qué mundo posible enviarle mi mensaje: «todo salió bien». Por eso son todos ustedes los destinatarios de esta carta que se me quedó en el tintero.

Concha Roldán

Madrid, 14 de marzo de 1997

NOTAS

¹ De este Congreso ha quedado una buena muestra en la *Revista Latinoamericana de Filosofía*, vol. XVIII, núm. I (otoño, 1992).

² Cfr. Ezequiel de Olaso, «Autopresentación», conferencia pronunciada dentro del ciclo «La Argen-

tina actual, por sí misma», el 29 de setiembre de 1977, publicada por Mario Presas, Universidad de Tucumán, 1980, p. 9.

³ Cfr. *ibid.*, p. 8.

EN LA MUERTE DE CARLOS E. ALCHOURRÓN

Una personalidad sobresaliente de la filosofía en lengua española, Carlos E. Alchourrón, falleció en Buenos Aires el día 13 de enero de 1996. Tras unos estudios de música que

le llevaron a especializarse en armonía y composición y a revelar desde muy pronto su talento innato para la geometría formal de las cosas, había iniciado en los años cincuenta

sus estudios de Derecho con cierta desgana, debido más bien a una imposición familiar que a una elección voluntaria. En la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires encontró, sin embargo, una respuesta inesperada a su búsqueda interior. Carlos Cossío, profesor de Filosofía del Derecho, mantenía en esos años un intenso diálogo intelectual con los aspectos más formales de la teoría pura del derecho de Kelsen. Recuérdese que el propio Kelsen había pretendido construir precisamente una geometría del fenómeno jurídico. Y la Filosofía del Derecho permitió a Carlos Alchourrón reorientar su vocación en el marco de unos estudios que no le gustaron nunca. Inmediatamente entró bajo la influencia fascinante de Ambrosio Gioja, uno de esos intelectuales con poca obra escrita, pero a los que cuadra la imagen socrática. En este caso Gioja fue, en efecto, una suerte de Sócrates de la filosofía jurídica argentina contemporánea. En el Instituto de Filosofía que él dirigía se inicia la dedicación de Carlos Alchourrón a la lógica y su aplicación al derecho dentro de las coordenadas de la filosofía analítica del lenguaje. Una ponencia presentada por él en 1959 al VI Congreso Interamericano de Filosofía de Buenos Aires, titulada *La Metamorfosis de la Analiticidad*, revela ya su perfecta familiaridad con la obra de Frege y Russell. La «clarificación lógica de algunos conceptos jurídicos» —que ése fue el nombre de su tesis doctoral— es un programa de trabajo en sí mismo. Algo que Carlos Alchourrón no dejó de hacer a lo largo de su vida. Su primer trabajo publicado, *Los argumentos jurídicos «a Fortiori» y «a Pari»* (1961), ya se situaba claramente en esta perspectiva.

Durante la década de los sesenta Carlos Alchourrón entró en contacto con lógicos que tenían sus mismas preocupaciones: Prior, Alf Ross, Castañeda, Belnap, pero sobre todo Georg Henrik von Wright, pasaron a ser sus interlocutores cotidianos. En 1969 publicó en *Logique et Analyse* un trabajo realmente importante: «Lógica de Normas y Lógica de Propositiones Normativas». La distinción entre norma y proposición normativa es de capital importancia para el entendimiento de

los sistemas normativos y había sido advertida ya alguna vez, pero resultaba sistemáticamente disimulada por los usos del lenguaje y por el isomorfismo de ambos cálculos. Alchourrón deslindó definitivamente sus campos respectivos, lo que sirvió para clarificar importantes problemas. Fue en esa década de los sesenta cuando Alchourrón inició una insólita y brillante asociación con Eugenio Bulygin. «Los que nos conocen de cerca —escribió mucho después Bulygin— saben que, pese a la larga y fructífera amistad, como seres humanos somos muy diferentes en lo que a gustos personales y opiniones estéticas o políticas se refiere y, en consecuencia, discrepamos respecto de casi todos los temas que revisten verdadera importancia (política internacional, economía de mercado, socialismo, iglesias románicas, playas, vinos, mariachis, etc...), pero no en cuestiones filosóficas. En este reducido campo reina la más absoluta armonía.» Contra lo que un observador apresurado pudiera pensar, las cosas aparentemente más alegres y vitales, como los mariachis y las playas, eran del gusto de Alchourrón, mientras que las más serias, como las iglesias románicas y los vinos, del gusto de Bulygin. Pero lo importante era la compenetración filosófica de ambos, y producto precisamente de esa rara armonía fue el libro *Normative Systems* de 1971, del que el propio G. H. von Wright escribió en 1991 que «sigue siendo hasta el día de hoy el más completo estudio monográfico sobre temas básicos de la teoría del derecho realizado con los instrumentos de la lógica moderna y del análisis conceptual». Veinticinco años después de su publicación en inglés y veinte años después de su aparición en español con el título *Introducción a la Metodología de las Ciencias Jurídicas y Sociales*, esta obra conjunta se ha consolidado como una aportación firme de la teoría del derecho. Todavía en octubre de 1996 un seminario internacional realizado en la Universidad Autónoma de Madrid, con la participación de profesores argentinos, españoles e italianos, así lo ha reconocido.

Una contribución especialmente importante de Alchourrón y Bulygin a la teoría

de los sistemas jurídicos ha sido su tratamiento de la lógica de la derogación. G. H. von Wright, que se sintió muy pronto unido intelectualmente a ellos [hasta el punto de que su más reciente libro *Six Essays in Philosophical Logic* (1996), tiene la siguiente dedicatoria: «To Carlos Alchourrón and Eugenio Bulygin, friends and companions in an intellectual adventure»], escribió que «nadie antes que ellos había visto las peculiaridades lógicas que la distinguen». El propio Von Wright ha escrito que la lógica de la derogación fue uno de los temas que más le impresionó del punto de vista de los dos lógicos argentinos, y que le empujó a repensar su propia teoría ante observaciones y críticas de éstos. Pero la importancia de ese tema se materializó ulteriormente todavía más, cuando Carlos Alchourrón, tomando impulso en él, desarrolló con David Makinson una lógica de la abrogación que apareció en su trabajo conjunto *Hierarchies of regulations and their logic* (1981). Lo más importante de este desarrollo es quizá que ambos se dieron cuenta en seguida de que desde ahí puede darse el paso a la lógica del cambio de creencias y del cambio de teorías, que fue efectivamente lo que llevaron a cabo, acompañados esta vez por Peter Gärdenfors. El trabajo «On the Logic of theory change: partial meet contraction and revision functions», publicado en 1985 en el *Journal of Symbolic Logic* (núm. 50) y que pasó a llamarse coloquialmente «paradigma AGM» (las iniciales de los tres autores) es el trabajo pionero en este campo.

El temperamento filosófico de Carlos Alchourrón se evidenció siempre en su voluntad de afrontar los problemas de fondo. En el ámbito de la lógica deductiva, la noción crucial de *consecuencia* era desde siempre determinante para la definición misma de las fronteras, y de la identidad misma, de la lógica, y esa noción había ido unida tradicionalmente a la idea de *verdad*. Pero esto excluía de la lógica a todos los enunciados significativos carentes de valor de verdad. Para alguien que, como él, había hecho de la lógica de las normas una suerte de ocupación prioritaria, esto —que se conocía como dilema de Jørgensen— tenía que ser un desafío filo-

sófico ineludible. Es posible que esa pregunta latiera debajo de su primer empeño en distinguir entre normas y proposiciones normativas, pero no fue hasta *Lógica sin Verdad* (1978-1988), escrito con Antonio A. Martino, donde apareció más explícitamente, y sobre todo en un ensayo de impresionante madurez y dominio: «Concepciones de la Lógica», el trabajo introductorio al volumen séptimo —*Lógica*— de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, de cuyo Comité Académico era miembro.

En los últimos años se hallaba trabajando en lo que él denominaba la lógica de los «condicionales derrotables» (*defeasible*) como marco lógico para la comprensión de algunas entidades escurridizas. Una vez más, aquí existía seguramente un problema filosófico de fondo: en este caso, la difícil cuestión de los condicionales en lógica deóntica. Y Carlos Alchourrón se embarcó en la construcción de un cálculo lógico en el que lo que aparecía a primera vista como una traición a dos exigencias ineludibles: el *modus ponens* y el principio de reforzamiento del antecedente (es decir, de monotonicidad) encontraba sin embargo una respuesta plausible. En ese marco se reconstruían con elegancia cosas tales como los deberes *prima facie*, los deberes condicionales derrotables, los deberes no derrotables, etc... y se abría la puerta a la formalización de intuiciones muy relevantes para el estudio del derecho: muy revelantes, por ejemplo, para la percepción de la argumentación jurídica, como la idea de «principios» y su modo de operar en Dworkin.

En este proyecto intelectual le vino a sorprender la enfermedad fría e inexorable. Había nacido en Buenos Aires en 1931. Era persona afable y vitalista. Podía disfrutar con fruición del sol en una playa y también departir sobre música medieval española con todo conocimiento y pasión. Era un gran talento intelectual, pero estaba lleno de naturalidad. Su pérdida constituye un daño difícil de reparar para el pensamiento, pero sus amigos y compañeros se enfrenta además con un vacío que será penoso de colmar.

Francisco I. Laporta

VÍCTOR SÁNCHEZ DE ZAVALA: EL AMPARO DEL PENSAMIENTO

Como en tantas ocasiones en que se retiraba discretamente para ponerse a trabajar, Víctor Sánchez de Zavala se marchó de improviso, tal vez buscando un libro de poesía, en el anochecer del miércoles 30 de octubre de 1996. Su muerte fue un accidente inoportuno; su vida —en la que seguramente «fue quien quiso ser» (Pessoa)— tuvo, en cambio, plena sustancia, perspicacia, modestia y oportunidad.

En realidad, según lo concebíamos quienes habíamos sido sus amigos-discípulos de tantos años, Víctor era intemporal: puesto que estaba y había estado siempre antes y después de nosotros, ya que la desesperanza no le cabía en el corazón, venía a ser por definición imperecedero y había conseguido formar parte del oxígeno que respirábamos. Insólito (raro o excéntrico para algunos), alertísimo siempre, dotado de un agudo sensor para detectar la necesidad y el engolamiento [como le gustaba decir: «hasta (alcanzar) el salpullido»], dueño de un rechazo casi orgánico al homenaje o la adulación convencionales, resultaba así muy ajeno al canon del académico sociológico. Era uno de aquellos inusuales y casi literarios seres que sin alardes, sin asomo de ofuscación, por pura certeza y libre juicio, conseguía mantenerse al margen de las concesiones que todos hacemos a los «minúsculos intereses académicos o personales» [*Indagaciones Praxiológicas*: p. 51]; distanciado, pues, de los grupos caciquiles organizados para la captación de clientes, apartado de lo que para no pocos constituye la sal de su vida. Cierta es también que, siendo severo respecto de cuestiones en las que se ponían en juego el buen hacer y la equidad, era sin embargo permisivo con los defectos humanos y nunca pude verle resaca de rencores mal asimilados.

En el trabajo intelectual parecía aspirar sólo a dos cosas: entender aquello que estudiaba todo lo más que fuera posible, avanzar

sustancialmente en la explicación de la actividad humana del lenguaje, para disfrutar contándolo luego en elaborado, frondoso y a veces hasta despiadado estilo. Y aspiraba también a ser oído —criticado si así debía ser— por quienes como él querían entrar con pie propio en el meollo de los grandes problemas para tratarlos con finura y explicitud. En lo personal buscó incansablemente el amor (el amor de las mujeres en particular) y quiso tocar la intimidad de las obras pequeñas y hermosas, las que sólo pueden verse con lupa minimalista: bastantes versos, la novela y el cuento donde siempre hacía hallazgos inesperados, la música no grandilocuente, los paisajes agrestes y solitarios. Tuvo una inmensa confianza en la razón y fue también sensible a la política en tanto en cuanto ésta pudiese servir para desprendernos de la injusticia y del horror (una de las dedicatorias de su libro póstumo: «a las víctimas de ETA», así lo atestigua).

No mucho tiempo antes de morir, en uno de esos días en que llamaba exultante porque creía haber resuelto algún problema al que venía dándole largas vueltas (o había encontrado al fin el instrumento que podía dar razón de la propiedad que lo tuviese perturbado), se definió a sí mismo como un minero afortunado: alguien que hurga denodadamente en medio de masas de tierra y tiene la posibilidad de encontrarse de pronto con un diamante. He descubierto luego, gracias a una pista y un libro que me dio María Dolores Avía, que fue Balzac quien habló del artista en lucha por alcanzar «los más exquisitos detalles de perfección y acabado» como la lucha de «un minero sepultado por corrimiento de tierra». He sabido también que Robert L. Stevenson (*Ensayos literarios*, 1983) caracterizaba la vida del artista como «un esfuerzo constante» donde no puede haber ni descanso ni sentido de *así es suficiente*.

Tal vez la imagen de ese minero-artista para el que su obra no está nunca acabada, y para quien no existe la conformidad, sea una buena apoyatura para hacer un recorrido necesariamente leve por la vida de Víctor Sánchez de Zavala. Porque, en efecto, Sánchez de Zavala cruzó puentes, atravesó túneles y cambió de territorios —como todos los buenos teóricos— sin dejar jamás de perseguir un mismo proyecto: entender mejor por qué hablamos y cómo hablamos.

Para llevar a cabo ese proyecto mudó varias veces de profesión: fue ingeniero, filósofo, lingüista, psicólogo del lenguaje, psicólogo y lingüista de la cognición, todo ello junto al fin y al cabo. Fue también deslizándose por el interior de diversos paradigmas: desde Husserl, Heidegger y Bühler —desde la fenomenología y la filosofía del lenguaje—, a la lingüística generativa, y desde ella a un modelo más abarcador, el suyo propio, en el que la competencia gramatical, el módulo central del conocimiento lingüístico, se sitúa dentro de un sistema general de la actividad lingüístico-cognitivo-emocional, neutral a su vez entre la producción y la comprensión. Cambió asimismo la forma de trabajar y pasó de la discusión formal e intencional de la filosofía a la construcción de modelos, si abstractos, también empíricamente contrastables, condenados por tanto a la prueba de lo real. Pero en cualquiera de esos momentos se mantuvo fiel al doble ideal de científico-filósofo y quiso ser a la vez globalista y minimalista (minimista como a él le gustaría que dijéramos), expositor y creador, concibiendo una obra en la que conviven permanentemente la idea general y la miniatura. Por eso también, entre medias de los cuatro o cinco libros importantes en los que se condensa su teorización (volveré sobre ellos), escribió artículos gramaticales puros y duros, enseñó filosofía, psicología y pragmática, tradujo obras fundamentales de la filosofía de la ciencia (fue el mejor traductor de Popper según solía decir el propio Popper), compiló textos de investigación gramatical, de discusión interna a la teoría lingüística, sobre el lenguaje de los antropoides, y dio conferencias, dirigió tesis, habló con mucha gente de fuera y de dentro sobre sus ideas y las de los otros.

Yo lo conocí en 1969 cuando, recién llegada a España, me hablaron de un seminario de lingüística matemática en el Centro de Cálculo de la Universidad Complutense, que por entonces vicedirigía Ernesto García Camarero. El coordinador y motor de ese seminario era Víctor Sánchez de Zavala. Es difícil representar la incongruencia y la maravilla de aquel seminario en el páramo de la universidad franquista, donde —en lo que a la lingüística concierne— las mejores clases eran residuos (importantes pero acaso anticuados) de la filología pidaliana de comienzos de siglo, y el resto intentos aislados de apropiación tardía del ya desfalleciente estructuralismo, que en España venía a ser novedad y que, como casi todo por aquellos años, se articulaba acrítica y dogmáticamente —salvo pocas y honrosas excepciones— a través de algunos mandarines que podían así presumir de modernidad. En el Seminario del Centro de Cálculo se discutía, en cambio, no la palabra de Chomsky (por básica y respetada que fuera), sino las críticas internas que, dentro del núcleo central de sus colaboradores, se hacían al modelo que luego denominaríamos clásico (*Aspects of the theory of syntax*, 1965); se comentaban tesis doctorales del MIT, artículos inéditos y, en todo caso, siempre investigaciones muy recientes; y si por milagro pasaba un extranjero se le invitaba de inmediato a presentar sus investigaciones en curso. Nos parece hoy que un seminario activo no puede proceder de otro modo; en aquellos años, sin embargo, era una isla de trabajo a la manera de la ciencia moderna en medio de la mayor desolación. Conviene recordar, empero, que la ruptura de Sánchez de Zavala con los patrones del conocimiento oficial de aquella lúgubre España había comenzado muchos años antes, a mediados de los años cuarenta, en la legendaria «Universidad libre de Gambrinus», un foro de discusión científica y filosófica localizado en el café de este nombre al que asistían otros jóvenes notables como Miguel Sánchez-Mazas, José María Valverde o Francisco Pérez Navarro. Y había seguido luego en un largo proceso de autoformación que se modela en la lectura y anotación cuidadosa de toda

la producción filosófica de aquellos años, unida a una ingente labor de traducción que supone, por ejemplo, crear para el mundo hispano el vocabulario de la filosofía de la ciencia (recordemos su *falsar*) y el de la lingüística teórica (*indicadores sintagmáticos, inlocutivo, transformatorio*). Clave en esa autoformación es el debate intenso —amistoso y ácido a la vez— con otros contemporáneos eminentes como Rafael Sánchez Ferlosio, Manuel Sacristán o Carmen Martín Gaité. Esencial en la conformación de su entidad de intelectual radicalmente moderno es la capacidad de transitar en la huella de los verdaderos ejemplos: la lucidez de Ortega, la serenamente cáustica crítica de Aranguren. La historia y la sociología de la cultura española anterior a la democracia, cuando se hagan, deberán reconocer todos estos lugares como esenciales para los desarrollos que luego vendrán, y hacer justicia a estos llaneros solitarios.

Pero no es esa historia sociouniversitaria lo que aquí importa, sino lo que Sánchez de Zavala empieza a transmitir hacia 1970, cuando inicia su etapa de salida hacia el mundo a través de la enseñanza y la escritura. Advirtió, ante todo, como muy atinadamente señalaban Juan Delval y Carlos Piera en su nota necrológica del 4 de noviembre [*El País*], que algo trascendente había ocurrido en el seno de la ciencia lingüística y que tras *Syntactic Structures* nada volvería a ser igual en el estudio del lenguaje. Nos indicó la importancia de mirar hacia afuera e intentar entender cuáles eran los problemas claves de cada momento. Nos enseñó a leer suponiendo en todo caso que también de las críticas a lo que admirábamos —y tal vez sólo de ellas— iba a salir la luz [el verso de un poeta que él me dio a conocer, Santiago Sylvester, le hubiera parecido atinado: «... las certezas sueñan más verdaderas entre signos de interrogación» (*Revista de Occidente*, 186, 1996)]. Nos mostró, con la autoridad de su mero hacer, que se pueden combinar saberes diversos en explicaciones profundas y que, por tanto, las humanidades no eran marginales a la manera de proceder de la ciencia natural.

La exégesis y el examen de las perspectivas y límites de la gramática generativa que realiza en la Introducción a su monumental compilación *Semántica y sintaxis en la lingüística transformativa* (Alianza, 1974 y 1976) resultan sorprendentes por anticipatorias cuando se releen más de veinte años después. A más que admiración mueven también las detenidas y minuciosas críticas a la semántica estructural coseriana expuestas en el inusual *Funcionalismo estructural y generativismo* (Alianza, 1982), y en el capítulo casi libro sobre «Qué es y qué debe ser la semántica estructural» incluido en *Hacia una epistemología del lenguaje* (Alianza, 1972). Por los años setenta, pues, Sánchez de Zavala quería traer a la lingüística española un debate crítico similar al que tenía lugar en el mundo anglosajón, donde una reseña como la de Chomsky a la obra de Skinner *Verbal behavior* podía ser suficiente para que buena parte de los investigadores aceptasen serenamente la extinción natural de un sistema que se mostraba débil para caracterizar lo que quería caracterizar. Pretendía también proporcionar los materiales y los elementos de juicio para que el trabajo lingüístico se realizase en estado de permanente examen de fundamentos y, por qué no, de aceptación de la crisis de ellos cuando así fuera; no otro sentido tiene publicar comentados y seleccionados los textos centrales del debate sobre la semántica generativa y la semántica interpretativa, tan en boga a finales de los sesenta y comienzos de los setenta. (Ni que decir tiene que tan descomunales y generosos esfuerzos echaron semillas, en buena medida, en un terreno baldío: no existía —y apenas existe ahora— la discusión crítica y se continúa pensando que mostrar al colega los errores en su trabajo es una afrenta personal y no un deber académico.)

Las obras que he mencionado, aunque sin duda no recibieron la atención que debían entre los lingüistas locales (en otras galaxias hubieran movido los cimientos de la investigación lingüística), siguen estando sin embargo plenamente vivas; sólo una persona de una gran clarividencia podía asentar tan claramente las cuestiones en que el modelo

clásico flaqueaba y anticipar casi al pie de la letra lo que iba a suceder años después.

Con el mismo rigor y fuerza explicativa con que formuló los debates centrales de la teoría lingüística iba a sacar a la luz muchos años después las entretelas de la más reciente ciencia cognitiva. Sánchez de Zavala entendió muy bien, en efecto, la discusión entre modularistas y constructivistas y podía plantear con nitidez el estado actual del conocimiento acerca de las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento. No quiero ser hiperbólica, pero tampoco es éste un lugar donde asumir en exceso la humildad ajena: pocos estudiosos pueden presumir de haber conocido con familiaridad de experto la gramática generativa, la pragmática cognitiva, los diversos modelos de la lógica, el constructivismo o la teoría de la mente, siendo a la vez capaz de relacionarlos con Husserl, Bühler o el segundo Wittgenstein.

En aquella caudalosa etapa de los setenta publica un libro en el que expone la primera versión de la teoría pragmática en la que iba a ocuparse por el resto de su vida; me refiero a sus *Indagaciones praxiológicas* de 1973 (Siglo XXI), algunas de cuyas elaboraciones se perfilarán de nuevo en su magnífico artículo de 1994 «Prolegómenos a una posible teoría pragmática (modesta)» en los *Ensayos sobre la palabra y el pensamiento*. Esta teoría recibirá su versión definitiva en su libro póstumo: *Hacia una pragmática psicológica* (Visor), escrito en el segundo momento también caudaloso de su vida, los años más ricos de imaginación y tal vez los más felices, en los que se mueve entre la Universidad del País Vasco, Barcelona y luego Madrid. La pragmática general que nos deja planteada se propone superar la primacía de lo intelectual que

caracterizaba a las teorías anteriores e intenta modelizar el momento irreflexivo de suscitación del acto lingüístico, una parte más de las actividades humanas. Es una propuesta singular y de excelente capacidad predictiva; si somos capaces de meternos en sus múltiples y a veces crípticas directrices y prestarle la atención que merece, seguramente entenderemos y explicaremos mejor los hechos del lenguaje. Porque bueno, decía antes que no era demasiado injusto considerar a Sánchez de Zavala como un ser algo excéntrico; me parece más preciso suponer ahora que le gustaba sorprender, y dar trabajo y mucho juego a la imaginación interpretativa de los demás. Por eso podía presentarse ante la puerta de un discreto piso pequeño burgués vestido con sombrero de explorador, shorts y bastón de arriero en una vulgar mañana de invierno en que simplemente había quedado en ir a dar un paseo en coche; o comprarse el mejor piano de cola cuando se trataba de empezar a dar los primeros pasos en el aprendizaje del piano a los cincuenta y cinco años. En fin.

Podría cerrar esta evocación, tarea siempre difícil, con unas palabras que le gustaban, en el «Ahora suena la despedida...» de Paul Klee (*Poemas*, 1995), y decir, pues, que «se fortaleció en soledad...» y que «el pensamiento [fue] su amparo», su estancia natural, el lugar de realización de la pasión. Prefiero, en cambio, que lo recordemos siempre inquisitivo, discutiendo apasionadamente *Profundo carmesí*, disfrutando con una frase de Ravel o comprándose todos los libros del mundo.

Violeta Demonte

CRÓNICA DE LA OCTAVA SEMANA DE ÉTICA

Entre los días 23 y 27 de septiembre de 1996 se celebró en Cuenca (en el marco de la UIMP) la *VIII Semana de Ética y Filosofía Política*, cuyo Comité Organizador estaba compuesto por Roberto R. Aramayo (Director), Concha Roldán y Antonio Valdecantos (Secretarios), contándose además con Francisco Álvarez, Carlos Gómez y Javier Muguerza como Vocales que representaban a la UNED, entidad cofinanciadora de dicha semana junto al Instituto de Filosofía del CSIC, el MEC y la Consejería de Educación de Castilla-La Mancha. En dicho encuentro tuvieron lugar estas intervenciones:

I. Conferencias

Victoria CAMPS (Univ. Autónoma de Barcelona), *El giro ético de la política: ¿estrategia o esperanza?*

José Luis VILLACAÑAS (Univ. de Murcia), *Formas de narcisismo, formas de ética.*

Gerard VILAR (Univ. Autónoma de Barcelona), *Autonomía proustiana.*

José María GONZÁLEZ (Instituto de Filosofía del CSIC), *El mito de Fausto: pactar con el mal para hacer el bien.*

Adela CORTINA (Univ. de Valencia), *El mal radical: la sinrazón.*

Gabriel BELLO (Univ. de La Laguna), *La construcción moral del otro.*

Aurelio ARTETA (Univ. del País Vasco), *La compasión: del sentimiento a la virtud.*

Fernando SAVATER (Univ. Complutense de Madrid), *Las paradojas del mal.*

Amelia VALCÁRCEL (Univ. de Oviedo), *Mal, olvido y perdón.*

Mesa redonda integrada por los profesores Elías Díaz (Univ. Autónoma de Madrid), Antoni Domènech (Univ. de Barcelona), Javier Echeverría (Univ. del País Vasco) y José Rubio Carracedo (Univ. de Málaga).

II. Comunicaciones (recibidas)

1. Ética y Política

Sonia ARRIBAS (New School, Nueva York), *La dignidad violada: conflicto y derechos humanos.*

Javier ESPINOSA (Cuenca), *Ética profesional del docente.*

Graciano GONZÁLEZ (Univ. Complutense de Madrid), *La desacralización de las víctimas.*

Apuntes sobre «maneras de pensar» la fundamentación de los derechos del hombre.

José María HERNÁNDEZ LOSADA (UNED), *«Constantia in publicis malis».*

Pablo LÓPEZ LÓPEZ (Valladolid), *La democracia como vivencia de valores morales.*

Jordi RIBA (Blanes), *La sanción como elemento corruptor de la moralidad.*

Gabriel RODRÍGUEZ ESPINOSA (Univ. de La Laguna), *Dewey y el «nuevo pragmatismo»: Notas sobre una polémica.*

Begoña ROMÁN (Univ. de Barcelona), *Kant: el mal como abuso de la libertad.*

Juan Manuel ROS CHERTA (Univ. de Castelló), *Una interpretación del concepto de sociedad civil en A. de Tocqueville.*

José María ROSALES (Univ. de Málaga), *Patriotismo constitucional y republicanism.*

Javier SARASA BROSED (UNED), *Breve historia de la ética sandinista.*

Julio SEOANE (CSIC) *¡Qué bien que hay mal!*

2. *La dimensión moral de la literatura*

- Elena CANTARINO (Univ. de Valencia), *Las alegorías del mal (Gracián: «Agudeza y arte de ingenio» y «El Crítico»)*.
- Luis GARCÍA SOTO (Univ. de Santiago de Compostela), *La ética de la escritura: el compromiso de la literatura.*
- Oscar GONZÁLEZ CASTÁN (Univ. de Valencia), *Iris Murdoch: Una reflexión moral sobre el arte y la literatura.*
- Domingo HERNÁNDEZ (Salamanca), *La ética del ensayo: Musil y Ortega.*
- Teresa LÓPEZ DE LA VIEJA (Univ. de Salamanca), *La cotidianidad del daño.*
- M. A. LLUCH (Barcelona), *La dimensión moral del héroe trágico.*
- Jürgen MISCH (La Laguna), *La estetización de la violencia en Ernst Jünger.*
- Pablo REDONDO SÁNCHEZ (Salamanca), *Moral y conocimiento en Kundera.*

3. *Los horizontes de la ética aplicada*

- Hugo AZNAR (Univ. de Valencia), *La actualidad de la ética aplicada y la crisis del progreso.*
- Jesús CONILL (Univ. de Valencia), *Actualidad de la ética económica.*
- Carmen FERRETE SARRIA (Univ. de Castelló), *Ética ecológica: del bienestar económico al malestar ecológico.*
- Domingo GARCÍA MARZA (Univ. de Castelló), *Ética económica y empresarial: un enfoque ético-discursivo.*
- María JOSÉ GUERRA PALMERO (Univ. de La Laguna), *Reproducción y tecnología: avistando el «riesgo simbólico».*
- Juan Carlos VELASCO (CSIC), *Paradojas de la discriminación positiva.*
- Carmen VELAYOS (Univ. de Salamanca), *El bien, el mal y la naturaleza no humana: desafío y riesgos de la «ética medioambiental».*

4. *Egoísmo y compasión*

- Norbert BILBENY (Univ. Central de Barcelona), *Egoísmo y altruismo desde una perspectiva evolucionista.*
- Arantxa GONZÁLEZ (Bilbao), *El mal.*
- Francisco LAPUERTA (Barcelona), *El mal metafísico: Schopenhauer frente al brahmanismo y el budismo.*
- Juan Luis LLINÀS BEGON (Univ. de Palma de Mallorca), *La pintura del yo en Montaigne: entre el egoísmo y la compasión.*
- Reyes MATE (CSIC), *La compasión en Hermann Cohen.*
- Fernando MORALES SÁNCHEZ (Madrid), *Bernard Mandeville: capitalismo y moral.*
- Santiago SÁNCHEZ TORRADO (CAM), *Un mundo solidario.*
- Iñaki DE VEGA (CSIC), *Rousseau y el problema del mal.*

Se decidió en asamblea que la próxima reunión tuviera como sede **Tenerife**, donde se celebrará la **IX. Semana de Ética en abril de 1998**, bajo el rótulo de *Los universalismos morales*. Por otra parte, también se constituyó una *Asociación Española de Ética y Filosofía Política (AEEFP)*, con el fin de crear una estructura que respalde y auspicie las iniciativas que se vayan teniendo en este ámbito. Quienes deseen afiliarse pueden hacerlo realizando una transferencia por un importe de 5.000 pts. a la Cuenta 2065/0038/96/3000904712. El que quiera información adicional a este respecto puede recabarla dirigiéndose al fax 95-2131814.